

Fazio, Mariano, *El Siglo de Oro Español. De Garcilaso a Calderón*, Madrid, Rialp, 2017.

Este es un momento de redescubrimientos. ¿No es siempre un motivo de alegría encontrar una joya perdida? En los clásicos, nos descubre Fazio, se esconde la fascinación de esas verdades perennes que han sido oscurecidas en la conciencia social por el polvo del relativismo dominante, pero que están ahí, intactas y prontas para ser descubiertas por las nuevas generaciones. Ellas nos esperan desde el fondo de los siglos, saben que en algún momento necesitaremos de su inefable sabiduría.

Un suave soplo permite avivar las brasas, y esto es lo que el libro se ha propuesto. Al brindar, aún hoy, una respuesta a los resortes fundamentales de la naturaleza humana, existen realidades, se nos recuerda, que siguen siendo tan actuales como cuando fueron expresadas allá en un tiempo lejano, a través de un inefable arte literario del brazo de escritores como Garcilaso, Lope o Calderón, Luis de León o Juan de la Cruz.

Tal es el cometido de este nuevo volumen que traza un recorrido por lo mejor de la literatura española de los siglos XVI y XVII, para hacernos ver que desde su condición de obras maestras, ese precioso patrimonio cultural mantiene intacto su potencial de transmitir a los hombres de todos los tiempos la fuerza inigualable de su arte, en el que alientan enseñanzas ejemplares. Si hay algo que se deja ver con nitidez, aun en la brevedad del volumen de Fazio, es su intención de mostrar a quienes, por los motivos que sean, no han podido acceder a ese tesoro, poder sentir cómo en la literatura clásica se unen lo humano y lo divino en una armoniosa unidad.

En un mundo contemporáneo lleno de estridencias (el mundanal ruido), no solo exteriores sino en primer lugar interiores, reflexiona el historiador, Luis de León nos puede ayudar a comprender la conveniencia de acallar ese bullicio que reina en nuestra alma, y así poder conocernos mejor. El místico Juan de la Cruz, justamente considerado la cima de la poesía castellana, emplea expresiones del amor humano para referirse al Amor divino. No puede ser de otra manera, concluye Fazio, porque tenemos un solo corazón, el mismo para amar a Dios y a las criaturas.

Otros portentos elegidos en esta tarea son Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina y Pedro Calderón de la Barca. En el Barroco, nos recuerda el autor, se subraya (entre tantas otras cosas) la fugacidad de la vida: el tema del *memento mori* es omnipresente en la escultura, la pintura y la literatura de dicha corriente cultural. Todo ello lleva a subrayar la vanidad de las cosas de este mundo, que necesariamente tienen un carácter intrínsecamente transeúnte.

Al calor de su recorrido por la obra cumbre de Cervantes, el autor se interroga sobre si no hará falta un cierto espíritu quijotesco en tantas exis-

tencias aburguesadas para enfrentarse a otros tantos males que reclaman una actitud firme en resguardo de la propia dignidad humana. ¿Es digno –se pregunta Fazio– adoptar la postura del “y yo qué puedo hacer”, o la del “todo el mundo lo hace”, para lavarnos las manos y evitar la responsabilidad de mejorar nuestro mundo?

Dar la vida por los demás; ser defensor de causas justas en sí mismas, aunque en esa defensa se juegue uno el futuro profesional o social; no entrar en diálogo con la corrupción que nos ofrece una solución ventajosa a nuestros problemas, son manifestaciones de una cierta locura de tono quijotesco para un mundo que ha perdido la capacidad de ver más allá de los horizontes terrenos, nos dice el autor. Si estas obras magnas son consideradas clásicas, lo son porque albergan en sus pliegues estéticos temáticas universales como el amor, el dolor y la felicidad que reflejan un sentir común de la humanidad.

Lope de Vega supo interpretar las ansias de justicia del pueblo. En efecto, en sus obras más representativas, el fénix de los ingenios aborda la alianza establecida entre el rey y el pueblo llano para poner un límite de racionalidad a los abusos de la nobleza. Se percibe aquí un espíritu que alienta en la tradición más propiamente democrática del pueblo español, donde se escucha palpitar la conciencia viva de una común dignidad.

Sí, los clásicos nos siguen hablando hoy. Fazio podría haber recurrido incluso a Quevedo, el satírico denunciante de la seducción del dinero, tan censurada hoy por el papa Francisco: poderoso caballero es Don dinero. En el mundo secularizado en el que vivimos tendemos a dar un valor absoluto a las cosas sin darnos cuenta de su carácter esencialmente transitivo. Uno de los grandes temas calderonianos gira en torno a la realidad y a las apariencias. Si este mundo es un gran teatro, en la vida humana a veces es difícil distinguir entre la ficción y los hechos concretos.

En palabras del propio Fazio, se trata de un tema clásico presente en las tradiciones religiosas de la India, como en la teoría del velo de Maya, en la cosmovisión budista y en la filosofía platónica, y más modernamente en Schopenhauer, que hoy despierta particular interés con el desarrollo de la psicología y de las comunicaciones, y que ha llevado a la creación de un mundo virtual que tiene para muchos más apariencias de realidad que el auténticamente real.

En otra obra sublime que es también una cumbre de las letras clásicas, *El alcalde de Zalamea*, encuentra nuestro guía una de las afirmaciones más claras de la conciencia del Siglo de Oro: toda persona posee la misma dignidad por el hecho de ser tal. Junto a esto, se refuerza la idea de que el poder es necesariamente limitado, y hay ámbitos de la existencia humana a los que la autoridad política no llega ni debe llegar si quiere actuar con justicia.

Fazio extrae algunas consecuencias que desprende del patrimonio calderoniano: contemplar esta vida como un paso por el escenario del mundo, pero con la vista fija en el más allá; hacer buen uso de la libertad para que cuando despertemos del sueño de esta existencia terrena nos encontremos con una realidad desbordante de belleza y armonía; luchar democráticamente para que los poderes políticos no sobrepasen unos límites y se ajusten al orden natural. Todo esto sigue teniendo plena vigencia si queremos superar una visión plana e individualista, nos dice Fazio, en este escenario en el que nos ha tocado vivir, donde hay, como en el arte literario, tanta comedia y tanta tragedia.

Es así que al correr de las páginas el lector descubre cómo los autores clásicos diversifican temáticas fundamentales y perennes del espíritu humano de una manera que a partir de sus obras ellos nos siguen hablando a través del tiempo a las sucesivas generaciones.

Pero ¿dónde radica la actualidad de estos autores de los acaso algo lejanos siglos XVI y XVII?, se pregunta Fazio, para responder: el lector puede comprobar que desde Garcilaso hasta Calderón recibimos muchas invitaciones.

Los tres poetas del siglo XVI que el autor ha elegido nos hacen un llamado a la contemplación de la naturaleza, a la búsqueda del silencio interior, y a la intimidad con Dios, estableciendo una relación de amor. Hay que decirlo una vez más. Garcilaso, fray Luis y Juan de la Cruz son tan actuales como en el siglo en el que vivieron. Quizá su lectura sea hoy más urgente que ayer, concluye Fazio, porque hemos perdido el espíritu contemplativo.

Las conclusiones que se desprenden de este recorrido histórico-literario, dicho en términos castizos, tienen su miga, y el autor de esta magnífica pequeña joya nos lo explicita. Cervantes nos invita a tener ideales altos, incluso a dar la vida por ellos. También nos anima a dialogar y a vivir la amistad en su plenitud. Lope nos abre las puertas para esperar la misericordia de Dios. En Don Juan se nos señala un camino descendente que lleva al precipicio, pero también otro ascendente que termina en la gloria. Calderón de la Barca nos sitúa como actores de una historia que necesariamente encuentra un fin, y nos invita al uso responsable de la libertad. Los grandes escritores del siglo XVII, inmersos en las contradicciones del Barroco, nos enseñan que si bien esta vida es finita, termina, hay una realidad última que le brinda su pleno sentido.

ROBERTO BOSCA